

## IV. ANTE LA GUERRA

---





© Antonio Samudio. *Sin título*. Xilografía. 2006. 28x40 cm.

# Daños, devastación y resistencia

MARTHA NUBIA BELLO\*

Centro Nacional de Memoria Histórica, Bogotá, Colombia



## Daños, devastación y resistencia

Los daños ocasionados por la guerra han dejado secuelas inimaginables en las víctimas afectadas a lo largo de los años el conflicto armado en Colombia; la destrucción de miles de hogares, de organizaciones sociales y de tradiciones culturales no solo son atentados contra algunas comunidades específicas, son ataques a la identidad de un país, a toda una población que sufre las consecuencias de una violencia que ha durado años y que cada vez es más devastadora. Pero en este panorama, muchas víctimas han logrado resistir y hacer contrapeso con sus acciones a esa guerra que las ha marcado, con lo cual han conseguido establecer una nueva ética que logra transformar esta realidad.

**Palabras clave:** ética, guerra, memoria histórica, resistencia, víctimas.

## Dommages, dévastations et résistance

Les dommages causés par la guerre ont laissés des séquelles inimaginables sur toutes ses victimes tout au long des années du conflit armé en Colombie. La destruction de milliers de foyers, d'organisations sociales et de traditions culturelles ne sont pas seulement des attentats contre quelques communautés spécifiques mais des attaques à l'identité d'un pays, à toute une population qui souffre les conséquences d'une violence qui traverse les années y et qui se démontre à chaque pas plus dévastatrice. Pourtant dans ce panorama plusieurs victimes ont réussi à résister et à faire le contrepois avec ses actions à cette guerre qui les a marqué, ce qui les a permis d'établir une nouvelle éthique qui est bien capable de transformer cette réalité.

**Mots-clés:** étique, guerre, mémoire historique, résistance, victimes.

## Damages, Devastation, and Resistance

The damages caused by war have left unimaginable marks on the victims of the protracted armed conflict in Colombia. The destruction of thousands of homes, social organizations and cultural traditions are not just attacks against some specific communities, but rather, attacks on the country's identity and the entire population that has suffered the effects of a long-lasting and ever more devastating violence. In this context, however, the actions of many victims have allowed them to resist and counterbalance a war that has marked them, thus establishing a new ethics capable of transforming reality.

**Keywords:** ethics, war, historical memory, resistance, victims.

**CÓMO CITAR:** Cómo citar: Bello, Martha Nubia. "Daños, devastación y resistencia". *Desde el Jardín de Freud* 14 (2014): 203-211, doi: djf.v14n14.46124.

\* e-mail: mnbelloa@unal.edu.co

© Ilustraciones: Antonio Samudio

“La verdad es que estoy muy triste y desilusionada, como no había estado en años, ni siquiera cuando vi correr la sangre por los canales de la que era mi casa, esta tristeza sumada a cansancio y rabia me lastiman profundamente. La guerra se ha propuesto joderme la vida y no se cansa de hacerlo, estoy harta, ya no tengo 35 años como cuando me desplazé, a veces me pregunto ¿cuál ha sido mi pecado?, ¿cuál ha sido mi error? Yo me he tenido que enfrentar a un Estado y una sociedad podridos, a un sistema macabro en donde sobrevive el que tiene los medios para someter al resto. [...] no le estamos quitando la tierra a nadie, tenemos derechos, solo queremos que se nos garantice el acceso a esos derechos.”<sup>1</sup>

TESTIMONIO DE UNA MUJER EN LA COSTA CARIBE

## LOS DAÑOS DE LA GUERRA



El país ha afrontado una guerra por más de cinco décadas. El trabajo realizado durante más de seis años por el Grupo de Memoria Histórica (GMH) permitió documentar la muerte de por lo menos 220 mil colombianos, la desaparición forzada de más de 25 mil personas, el desplazamiento de cerca de 6 millones de habitantes, el reclutamiento de 6.421 niños, niñas y adolescentes, la violencia sexual en más de 1.754 casos y el secuestro de 27.023 sujetos. El GMH documentó, entre 1980 y 2012, 1.982 masacres. Además de estas cifras los testimonios dan cuenta de una guerra degradada practicada con sevicia y ferocidad.

Pero, adicional a estos datos de muertos, desaparecidos, desplazados y otras víctimas, la guerra también ha causado una devastación material incalculable, resultado del ataque a bienes civiles y de atentados terroristas, tales como la destrucción de puentes, caminos, infraestructuras y servicios públicos. Estos ataques han provocado además graves daños ambientales y les ha arrebatado las propiedades a miles de habitantes. Esta devastación material no solo tiene costos económicos, sino también profundas implicaciones emocionales y morales, pues los haberes tienen valor simbólico. Una casa, por ejemplo, representa no solo un activo económico sino un esfuerzo, una historia personal. La casa evoca vivencias, recuerdos y, a su vez, expresa esfuerzos. Como lo dice un campesino en San Carlos, Antioquia, cuando se pierde la

1. GMH, *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad* (Bogotá: Imprenta Nacional, 2013), 20.

casa se pierde “una parte de la vida”<sup>2</sup>. La tierra, por su parte, representa para muchas comunidades la vida misma, de modo que cuando ella es arrebatada se lesiona la fuente de la identidad y de la cultura.

La guerra ha causado además daños socioculturales enormes para las víctimas y para la sociedad, pues ha destruido sistemas de organización social y comunitaria, ha impedido prácticas fúnebres, rituales, actividades de celebración y de conmemoración, todas ellas importantes en las dinámicas culturales y religiosas de pueblos y comunidades. La guerra ha trastocado principios y valores fundamentales para la convivencia pacífica y la democracia, ya que ha instalado la desconfianza, el engaño y el aislamiento.

Los velorios no los pudimos hacer, sacar su muerto a pasearlo por las calles y enterrarlo, tocó en bolsas porque no había cómo comprar o hacer los ataúdes y a ninguno se le pudo enterrar como es debido... Las tradiciones de cantarle, rezarle, velarlo, pasearlo por el pueblo, que son nuestras costumbres, ni siquiera a los chiquiticos pudimos hacerles nada... Es que ni siquiera llorarlos, porque estábamos era huyendo para salvarnos los pocos que quedábamos, y hasta la enfermedad le puede quedar a uno de no llorar a su muerto [...].<sup>3</sup>

Los daños de la guerra aluden además al ámbito moral, no solo por los graves sufrimientos infligidos a las víctimas, por la degradación de la vida y por la afrenta a valores fundamentales y preciados de las personas y de las comunidades. Las memorias de las víctimas, más allá de los hechos o de las acciones violentas infligidas, dan cuenta de vivencias de humillación, de degradación y de devaluación de sus ideales, de modos de vivir y hasta de sus características fenotípicas. Cientos de personas y comunidades han padecido la afectación de su buen nombre, se han sentido menospreciadas e incluso han llegado a cuestionar su valía como hombres o como mujeres, pues fueron destituidos de sus oficios, de sus roles y lugares sociales y despojados de su fuente de reconocimiento, de orgullo y de sentido.

En la época de los noventa nadie se atrevía a hacer un velorio, no había quién ayudara a cargar los muertos. En esa época no había quién por miedo. Un día vi bajar a una mujer con una carreta y allí llevaba un cadáver, cubierto con hojas de plátano, fue denigrante porque en esas carretas cargaban los marranos.<sup>4</sup>

El daño moral se refiere también a la flexibilización e inversión ética que la violencia produce. Los encargados del orden y de la protección de los ciudadanos se han lucrado con los bienes públicos y han violado los derechos de sus protegidos. Los delincuentes y violadores se han erigido como líderes políticos y adalides de la moral pública. Las víctimas han sido estigmatizadas y tratadas como criminales. Los justicieros

2. *Ibíd.*, 278.

3. GMH, *Bojayá: la guerra sin límites* (Bogotá: Ediciones Semana, 2010), 101.

4. GMH, *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*, 275.

que enarbolan la defensa del pueblo y que claman la justicia social han cometido atrocidades y han practicado los mismos métodos que dicen combatir. Parafraseando a Gandhi, en nombre de nobles ideales todos los actores armados han apelado a ruines métodos. Con pasmosa velocidad y con la ayuda de los medios de comunicación, los héroes se convierten en villanos y los villanos en héroes.

En las dinámicas perversas de la guerra lo menos malo se valora como bueno, lo bueno se estima inconveniente, desacertado y hasta malo. En la guerra, como plantea el psicólogo Ignacio Martín-Baró, lo anormal se vuelve normal.

La guerra ha destrozado apuestas políticas de gran valor y significado, ha estigmatizado, condenado al exilio y a la muerte a líderes políticos, a expresiones organizativas, artísticas y culturales. El pensamiento crítico, la disidencia e incluso quienes han hecho uso de los mecanismos y espacios ciudadanos definidos y contemplados por la misma ley, han sido perseguidos (jueces, candidatos, concejales, miembros de juntas de acción comunal). La guerra ha causado un profundo daño a la democracia pues ha atentado contra sus principios básicos de respeto al contrario, de competencia civilista, de pluralidad y de apego a la legalidad. En Colombia todos los actores en contienda han disputado el poder apelando a la combinación de las formas de lucha, haciendo de la democracia un instrumento al que se recurre cuando conviene y contra el que se atenta cuando no.

En los relatos descarnados de las víctimas se leen daños profundos. Las experiencias padecidas en medio de la guerra producen efectos emocionales complejos y causan sufrimientos intensos y prolongados que llevan a las víctimas a padecer enfermedades y, en ocasiones, provocan su muerte. Así lo reflejan los testimonios que siguen.

Desde la desaparición de mi hijo mi vida cambió totalmente, porque día tras día lo añoro, todos los días lo espero y con la zozobra de que mi hijo todavía esté vivo y de que en cualquier momento aparezca. A veces me levanto tarde en la noche al baño y me asomo por la ventana con la ilusión de verlo venir. Es muy difícil aceptar la realidad, pero aún más difícil aceptar la incertidumbre de querer saber dónde está mi hijo y saber realmente qué fue lo que hicieron con él, si está vivo o está muerto. Me pongo a pensar si mi hijo murió, qué me le hicieron, cómo me lo mataron o me lo masacraron, cómo serán los sufrimientos de mi hijo. Si lo hubiera encontrado al menos sabría que de verdad lo vi muerto. Pero de esta manera es imposible la tranquilidad, mi corazón se desangra cada vez que lo traigo a la memoria diariamente. Porque todos los días se lo encomiendo a Dios. Sufro la agonía y la tristeza de saber que lo arrebataron injustamente sin tener culpa de nada, solo porque iba con el padre como acompañante ese día.<sup>5</sup>

5. GMH, *Trujillo. Una tragedia que no cesa* (Bogotá: Editorial Planeta, 2008), 69.

Veinte años después nos entregaron los restos de mi papá y yo pensé que me iba a sentir mejor... Pero no. Ese día lloré, grité, casi me desmayo. Yo sé que los muertos se convierten en cenizas, en polvo... Pero no quería que me devolvieran a mi papá en una cajita de esas... Que un poco de huesos y tierra fuera lo único que devolvieran. Yo siempre pensé en un cuerpo... Pero eran solo pedacitos con tierra.<sup>6</sup>

[...] después de esa noche mi vida cambió mucho, yo como mujer quedé como inservible. Durante meses yo no quise ver a nadie. La violación me dejó fracturado el lado derecho de mi cadera. Perdí a mi bebé, me sacaron el útero y mi rostro quedó desfigurado. No continué con mis estudios y por muchos años no pude estar con nadie.<sup>7</sup>

Yo no quería seguir viviendo más en la ciudad, yo me sentía aburrido y desesperado, sin nada que hacer y lejos de mi casa. En contra de mi mujer me devolví, me vine con uno de mis hijos. Mi mujer me rogaba, me decía que no me viniera. Yo no le hice caso, el desespero en la ciudad era terrible. Me vine con mi hijo y, para mi desgracia, al poco tiempo m'hijo cayó en una de esas minas [antipersona]... la mina lo mató. Imagínese con qué cara iba yo a decirle a mi mujer que su hijo estaba muerto. A uno como hombre le duele... pero a una mamá... eso fue terrible, yo no tenía palabras pa' devolverle a su hijo muerto. Aun así aquí me quedé, acá solo, esperando a ver si las cosas cambian y si mi mujer se vuelve conmigo.<sup>8</sup>

*La guerra sobre todo ha causado sufrimiento, dolor y enfermedad.* Ha dejado a miles de personas y comunidades desprovistas de los recursos materiales y simbólicos para vivir la vida dignamente. Despojándolos de todo los ha sometido a la mendicidad y al infortunio de vivir como les toca y no como quieren y merecen.

El horror ha obligado a las personas a buscar recursos inusuales con los cuales se intenta dar sentido a lo ocurrido y ganar, inermes como están, alguna sensación de control: *la culpa* tal vez es el principal de ellos. En la vida de las víctimas se vuelven frecuentes y cotidianos el miedo, la desconfianza, el encierro, el aislamiento, el silencio, la negación, el olvido, mecanismos mediante los cuales intentan protegerse de una guerra que en cualquier momento vuelve a asaltar y que despliegan para librarse de los recuerdos que hacen insoportable la existencia.

Pero no solo los actos violentos de los victimarios causan daño, la falta de reconocimiento y de solidaridad social y más aún la terrible impunidad sumen a las víctimas en sentimientos de vergüenza, rabia y odio que agudizan su sufrimiento.

En el trabajo de campo observamos y escuchamos a mujeres y hombres cansados, agobiados, tristes, rabiosos, escépticos y profundamente desesperanzados. La guerra, como dijo una mujer, "no se cansa de jodernos"<sup>9</sup> y resulta prácticamente



6. GMH, *iBASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*, 293.

7. GMH, *El Placer. Mujeres, coca y guerra en el Bajo Putumayo* (Bogotá: Taurus/Semana, 2012), 167.

8. GMH, *iBASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*, 313.

9. *Ibíd.*, 20.

imposible reconstruir la vida cuando además de las acciones de los violentos, se debe hacer frente a la pobreza, a la miseria, al estigma y al rechazo.

Son cientos de seres humanos para quienes resulta inútil y hasta ofensivo practicarles pruebas para medir sus síntomas y sus grados de estrés o trauma, pues sus historias y sufrimientos están atados a la injusticia y a la arbitrariedad, son provocados como dice María Zabala, por “[u]na sociedad y un Estado podridos”<sup>10</sup>. El dolor, el sufrimiento o la enfermedad en este caso proceden de sus historias personales, familiares o comunitarias pues, por lo general, devienen de las acciones intencionales y premeditadas de los victimarios. Por eso es urgente diagnosticar a ese Estado y a esa sociedad, precisar sus síntomas y afrontar sus males, pues son estos los que funcionan de manera anormal y enfermiza.

Las historias de las víctimas muestran la inmoralidad: hablan de lo que no está bien, de lo que funciona mal y establecen la prioridad de denunciar y transformar esos males del Estado y de la sociedad, para que esta no sea una guerra eterna que nos convierta en especialistas en atender sus secuelas. Constatar el horror y sus fuentes de procedencia permite estipular un imperativo ético y político que debe tener consecuencias sobre la intervención de los profesionales y, en general, sobre el quehacer de artistas, intelectuales y humanistas. Así, si después del horror de Auschwitz, el filósofo alemán Theodor Adorno afirmó que el imperativo era el NUNCA MÁS, el que NUNCA SE REPITA, en Colombia este imperativo es el BASTA YA: parar la guerra para que la dignidad se avizore no como un privilegio, sino como un sentimiento, como una vivencia que habite a cada colombiano y colombiana.

## LOS RECLAMOS DE LAS VÍCTIMAS

En medio de esos daños, las víctimas, como sujetos individuales y colectivos, culturales y políticos, hacen sus reclamos y demandan acciones. Las víctimas claman que cese la guerra y la pobreza para así, en un plano de mediana estabilidad y normalidad, poder hacerle frente a las pérdidas y asumir sus duelos, pues mientras las dinámicas de guerra y pobreza se mantengan, estos duelos seguirán siendo incompletos o aplazados.

Mientras esta guerra termina o al menos da tregua, las víctimas claman ser escuchadas con respeto, muchas agradecen que alguien disponga su tiempo para oírlos. Pero no demandan cualquier escucha. No es la escucha para el chequeo de síntomas o la inclusión en un sistema de registro, o la que atiende a las variables de la investigación, es la escucha paciente, respetuosa y solidaria. Es la escucha que halla en el testimonio las fuentes explicativas de lo ocurrido y, sobre todo, que encuentra en la fuerza ética de ese testimonio las razones para indignarse y para actuar.

10. *Ibíd.*



Además de ser escuchadas, las víctimas reclaman que la sociedad y el Estado las reconozcan, que declaren sin vacilaciones que ESTO NO DEBIÓ PASAR. Que eliminen de sus discursos cualquier resquicio de justificación que encuentre razones legítimas en los victimarios o que inculpe a las víctimas por lo ocurrido.

Esta demanda urgente de las víctimas, que las libraría del perverso sentimiento de culpa, precisa de una condena radical a la muerte por parte de todos los ciudadanos, de una condena a la persecución y al estigma de cualquier persona por parte de sus opositores políticos. Un rechazo a la ética de los fines la cual, sin fijarse en los métodos, solo reclama resultados. Una crítica a esa flexibilización ética que permite celebrar unas muertes y condenar otras, que convierte unas tragedias en sucesos nacionales e ignora a otras, que niega a los demás lo que se reclama para sí; que incentiva y valida la guerra reclamando paz. Esta flexibilización ética nos ha llevado a renunciar a nuestra capacidad de crítica para decir solo lo conveniente o lo políticamente correcto.

Se trata de cierta forma de reconstruir la devastación moral que habita en la sociedad colombiana, que debe llevar a cuestionar que solo unos gocen y disfruten de los beneficios y de las riquezas que se levantan sobre las ruinas de los otros y, sobre todo, debe llevar a que la sociedad rechace enérgicamente y reclame la verdad y la justicia, no solo cuando se trate de su derecho violado, sino también cuando se vulnere el derecho de cualquier otro. Esto implica entonces la construcción de una conciencia colectiva que entiende que la convivencia pacífica emerge del reconocimiento del valor de cada ser humano (hombre, mujer, indígena, campesino, sin distingo de su raza, religión, opción sexual); que ve en la vulnerabilidad del otro la vulnerabilidad propia y de los suyos; que observa que el reconocimiento del derecho ajeno reafirma su propio derecho.

Para las víctimas será mucho más difícil superar los daños si buena parte de la sociedad no se entera de lo que aquí ocurre, si no sabe cuándo, dónde, cómo y por qué ocurrió lo que ha ocurrido, si la atrocidad es vivida como una experiencia dolorosa destinada a unos, quienes la sufren solos en el ámbito privado de sus hogares o comunidades. Es decir, si ellas y ellos viven solos los impactos de la guerra y más aún emprenden solos el reclamo de sus derechos.

El destino de las víctimas está pues, en buena parte, en la sociedad, en nosotros (no en los actores armados o en el gobierno), pues somos nosotros quienes podemos transformar ese escenario indeseable de poder y de arbitrariedad. Y esta es una tarea compleja del día a día, que transcurre en el ámbito público y en el privado y es, sobre todo, una tarea de largo plazo que compromete a varias generaciones. Es una tarea difícil porque la guerra ha polarizado a la sociedad y ha impuesto la lógica del sálvese quien pueda, porque ha pervertido las palabras, las ha tergiversado y vaciado de



contenido. En la guerra el pensamiento se empobrece, se vuelve perezoso, de manera que resulta más fácil y cómodo no ver, no oír, o si nos obligan a hacerlo, adjudicar el mal a los otros. Al destino o a Dios.

### **LA RESISTENCIA, LA DIGNIDAD Y LA MEMORIA**

Las mismas víctimas que nos enseñaron del dolor y del sufrimiento nos ofrecen también lecciones de valor, de capacidad y de perseverancia, pues en medio de esta prolongada y degradada guerra, paradójicamente, no todo es devastación. Si bien en las guerras los seres humanos dejan ver lo peor de su especie, también construyen y dan muestras de lo mejor, de lo que son capaces: la solidaridad, la valentía, la generosidad. Por eso en esta memoria de la guerra en Colombia también aparecen las acciones valerosas, heroicas y extraordinarias de hombres y mujeres que no solo defendieron sus derechos, sino que movidos por la indignación defendieron a otros, reclamaron, enfrentaron a los poderes en condiciones de absoluta indefensión, a veces de manera abierta y otras más modesta, y los desafiaron. Pero no solo se enfrentaron a la guerra con decencia y valentía, sin apelar a los métodos de sus victimarios, sino que han ido construyendo apuestas de paz y consolidando una democracia genuina en sus territorios.

Cada acto que las víctimas desplegaron para resguardar su dignidad y la de otros, cada acción que lograba impedir el destino trágico o el designio que quiso imponer el victimario, representa en verdad una intervención a favor de la dignidad de todos los seres humanos. Cada acción que impidió que la arbitrariedad se instalara representó una acción a favor de la protección de los demás. Cada lucha de las víctimas por transformar el “orden” que propició la injusticia se convierte en una lucha a favor de la democracia, a favor de los demás colombianos, “de los de bien”, en una lucha a nuestro favor. Entonces, las víctimas no solo concitan nuestra solidaridad, sino también nuestro más profundo respeto y reconocimiento, ya no solo por su ser sufriente, sino por su “ser agente”.

Finalmente, en este panorama es importante abogar por la memoria, pues de cierta manera es ella la que nos permite vernos, apreciarnos, percibirnos y ser lo que somos.

La forma como construimos la historia de nuestras vidas no solo nos ayuda a darle a esta un sentido, sino que es en sí una reflexión sobre las bases que tenemos para darle un sentido al mundo y a nuestro lugar en él.<sup>11</sup>

Las víctimas requieren condiciones para reconstruir su memoria y su propia versión de la historia, para recobrar sus certezas y certidumbres, de lo contrario,

11. Molly Andrews, “‘Pero si no he acabado... tengo más que contar’: Las limitaciones de las narraciones estructuradas de los testimonios públicos”, en *Revista Antípoda* 4 (2007): 151.

como la mujer y el hombre mencionados en los siguientes testimonios, morirán de pena moral:

[...] Mi mamá muere a los dos años. Ella tenía aplasia medular y se le juntó con la pena moral. El dictamen de la muerte de mi mamá fue pena moral. Ella no quiso vivir más. Se le olvidó que tenía otros siete hijos y vivió en busca de él. La muerte de mi mamá fue muy dolorosa. Nosotros tuvimos que traer a una persona que se parecía a mi hermano para que ella en su hora de muerte lo tocara y creyera que él era el que había llegado. Para que se pudiera ir tranquila y nosotros, en el dolor, decirle, “Mamá, tranquila, Reinaldo está acá, llegó”, y ella verle la luz en los ojos. Creo que fue lo más doloroso de todo el proceso que hemos pasado.<sup>12</sup>

Me tocó ver al papá de los Vargas [dos ebanistas torturados y desaparecidos en 1990] sentado en una banca del parque, en la que queda frente a la Alcaldía. Le preguntaban: “¿Y usted qué hace aquí, sentado todo el día? Mire que va a llover, que está haciendo frío, ya está de noche”. “Estoy esperando a mis hijos, siento que en algún momento van a llegar”. Así murió, de pena moral, y se pasó muchos días, mañana, tarde y noche. Eso destruye al que lo está viviendo como al que lo está escuchando.<sup>13</sup>

Sin un lugar digno y seguro para sus memorias, estas personas no solo morirán y sus familias se sumirán en el dolor, sino que Colombia perderá la posibilidad de hallar en esas historias del mal la fuente de una nueva ética. Ya no de aquella ética que, como diría Adorno, emerge de imaginarnos el bien o el deber ser, sino de una que nace de la interpelación que como ciudadanos y seres humanos nos hace el mal. Es una memoria que permite hacer consciencia de la fragilidad del mundo en que vivimos, de la fragilidad de la vida humana, de la fragilidad de nuestra propia vida y que, por lo mismo, nos obliga a actuar y a transformar.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDREWS, MOLLY. “‘Pero si no he acabado... tengo más que contar’: Las limitaciones de las narraciones estructuradas de los testimonios públicos”. *Revista Antípoda* 4 (2007): 147-159.
- GMH. *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional, 2013.
- GMH. *Bojayá: la guerra sin límites*. Bogotá: Ediciones Semana, 2010.
- GMH. *El Placer. Mujeres, coca y guerra en el Bajo Putumayo*. Bogotá: Taurus/Semana, 2012.
- GMH. *Justicia y Paz: ¿verdad judicial o verdad histórica?* Bogotá: Taurus/Semana, 2012.
- GMH. *Trujillo. Una tragedia que no cesa*. Bogotá: Editorial Planeta, 2008.

12. GMH, *Justicia y Paz: ¿verdad judicial o verdad histórica?* (Bogotá: Taurus/Semana, 2012), 237.
13. GMH, *Trujillo. Una tragedia que no cesa*, 206.



